

## GUILLERMO TELL.

---

### I.

Antes de trasladar al papel la relacion de los orígenes poéticos de la libertad suiza, tal como sus hijos la refieren, digamos algo de lo que acerca de la Helvecia y de sus habitantes nos enseñan la geografía y la historia.

A manera de robusto y prominente nudo de los músculos graníticos de la tierra son los Alpes, cordillera escabrosa de montañas, que se extiende sobre un espacio de trescientas leguas desde la embocadura del Rhone, hácia Marsella, hasta los llanos de Hungría. Declinan los anillos de tan formidable cadena por sus dos extremidades para confundirse insensiblemente con la superficie plana, elevándose por el centro á tales alturas, que son inaccesibles á la planta humana y casi al alcance de la vista. Sus crestas, dentelladas como las almenas de fortaleza natural, se destacan de color blanco al despuntar del dia, rosa despues y violeta por la tarde sobre la bóveda del cielo, al reflejar en su azul oscuro las densas capas de nieve que cubren perpétuamente las cimas; y cuando las divisamos á sesenta ú



ochenta leguas de distancia desde las llanuras de Italia ó de Francia, inspiran la idea de lo infinito en elevacion, del propio modo que la mar ó el firmamento inspiran la idea de lo infinito en extension; espectáculo que abruma y humilla, y que de sorpresa en admiracion, de pasmo en terror, lleva obligado el pensamiento humano hasta Dios, para cuya omnipotencia todo es nada. Pero como el hombre se siente anonadado contemplando la estructura de tan colosales montañas, no puede ménos de mostrar su asombro con palabras que declaran su pequeñez y alaban sin decirlo al autor de la obra. De aquí que haya más piedad en el mar y en las montañas que no en la tierra llana, y que cuanto mayor sea el espejo de las obras en que se mire la Divinidad, tanto más resalta su grandeza y es más reverenciada de la criatura.

## H.

Hacia la parte de Italia, ó del Mediodía, son escarpadas las vertientes de los Alpes á manera de antemural formidable puesto allí para preservar y guarecer la templada comarca que llaman jardin de Europa, en tanto que hacia la parte del Norte, ó sea de Francia, Saboya y Alemania, descienden de las profundidades del firmamento al nivel de los lagos y de las llanuras en suaves ondulaciones y declives. Diríase una inmensa gradería cuyos peldaños hubiese dispuesto el Creador á la comodidad del hombre, pues no bien se sale de las regiones inaccesibles de la nieve, la escarcha y el hielo eterno, que cubren las bóvedas del Monte Blanco y del Jung-Frau, las pendientes se suavizan, las raíces, por decirlo así,

de las cumbres gigantescas parecen extenderse y levantar el suelo que las cubre, revestirse de tierra vegetal, de césped, de arbustos, flores y pastos alimentados de la incesante humedad que les proporciona la filtración de los ventisqueros al derretir sus nieves el calor del sol. Extiéndense las estribaciones en diverso sentido robustas, vigorosas, ciclópeas, al modo de los contrafuertes que buscan su punto de apoyo léjos y hondo para soportar mejor el peso que gravita sobre sus hombros, y trazan y forman entre sí ramblas, gargantas, hoyas y valles en cuyo fondo se ven desde lo alto de los montes dormir y brillar las aguas de lagos cristalinos de donde nacen rios bulliciosos que se despeñan en torrentes y cascadas buscando más bajo nivel.

En los costados de los Alpes y esparecidas en ellos halla el caminante á cada paso casitas aisladas, hechas de madera, sólo para la estacion del verano y vivienda de los pastores, que luégo, al llegar el otoño, las abandonan, llevando á otras partes su ganado. Más allá se descubren, al pié de saltos de agua y protegidas de los taludes por espesos bosques de abetos apiñados, aldeas construidas de viguetas y tablas del mismo árbol que las defiende y preserva de la irrupcion de las nieves. Explayados y salientes techos de madera que rebasan con mucho exceso del edificio que los sustenta, como las alas de ancho sombrero para proteger de la lluvia la cabeza que lo lleva, rematan estas viviendas, que parecen, á juzgar del primor de su traza y de la delicadeza de su arquitectura, labradas á cuchillo con el arte pacientísimo de los pastores del país. Escaleras exteriores revestidas de barandas adornadas de arabescos comunican los pisos altos con los bajos; puertas guarnecidas de nichos tallados en los cuales



campean estatuitas de vírgenes, héroes y santos, dan acceso á las habitaciones que reciben luz de ventanas de celosía, con vidrios cortados en losange y bastidores de plomo; largas y espaciosas galerías de balastradas góticas circundan la fachada y la rodean como cinturón bordado el talle de una jóven; matas de maíz ó espigas de trigo suspendidas al techo por las raíces cuelgan sobre los corredores, haciéndoles techumbre de vistosos mosaicos; al traves de los cristales de la cocina se descubren siempre los reflejos del hogar, alimentado de grandes rajas de leña que se apilan en verano para el invierno bajo la galería; en esta se abren las puertas de ancho y cómodo establo, entarimado de abeto limpio y reluciente; tibias y gratas se perciben las emanaciones de las ternerillas que mugen por sus madres; un puente movable sirve para llevar los carros de labor cargados de heno del patio al pajar, viéndose salir por todas las ventanas y respiraderos del almacén la hierba seca, indicio de la opulencia en la vida campestre; y luégo, en medio del corral, un tronco hueco arroja por un tubo de hierro el agua que recibe de la colina en anchurosa gamella, también de abeto, donde abreva el ganado.

Hacia cualquier parte que se mire, viajando por las laderas alpestres, así hacia las colinas como hacia los ventisqueros, á los techos como á las paredes de las viviendas, al hogar y al establo como á la fuente, no se ve otra cosa sino el abeto vivo ó muerto. Diríase que la Providencia en sus inexcrutables designios ha dado á cada raza un árbol por compañero de su peregrinación sobre la tierra, que la provea de alimento, de abrigo, de agua y de sombra, y que forme parte de la familia; de un árbol,

en fin, doméstico, verdadero dios lar de la casta. Así al ménos sucede con la morera en China, el naranjo en Italia, la encina en Francia, la higuera en Judea, el cocotero en Oceanía, la vid en España y Borgoña, la palmera en Africa y el abeto en Suiza; siendo tan misteriosa é íntima la relación que existe, á no dudarlo, entre el hombre y el vegetal, que destruyendo el árbol puede perecer la criatura.

## III.

Cuando se rebasan estas aldeas de las vertientes alpestres, aparecen á lo léjos las ciudades coronando promontorios, ó asentadas á la orilla de los grandes lagos, con los muros de color sombrío, los techos puntiagudos, rematando en bolas de estaño que reflejan la pálida luz del sol en lo alto de sus catedrales y ayuntamientos, con los enjambres de velas blancas que se agrupan á la salida ó á la embocadura de sus puertecillos en las aguas tersas y azules, como legiones de gaviotas que descansan en la ribera; ciudades todas que, á excepcion de Ginebra, localidad ántes anseática que no hélvética, especie de hospedería universal dispuesta en el valle de la Cachemira de Occidente, son de medianas proporciones y carecen por lo general de los monumentos que constituyen el lujo de los pueblos importantes; municipios más bien que capitales; restos del deshecho feudalismo; miembros de confederaciones pastoriles, á las cuales la exigüidad de población y la naturaleza del país no consiente crecer y agrandarse ni absorber otros cantones, siendo la única cosa que sorprende en ellos el carácter grave, sencillo y patriarcal de sus moradores. Pues los



hombres son de mucha estatura, fuertes, robustos, vigorosos, de rostro simpático y tranquilo, franca la mirada, sin malicia la boca y la frente ancha y espaciosa, si bien sin las prominencias y los surcos que la constante actividad del pensamiento repuja ó graba en la frente de las razas dotadas de viva inteligencia. Y las mujeres, cenceñas y esbeltas, anchas de hombros, de brazo fino, pierna flexible, cabello bronceado, azules los ojos, el color sano, oval el rostro, graciosamente ondulados los labios, y el timbre de la voz sonoro y tierno, parecen estatuas griegas animadas por el frío de las montañas y puestas sobre pedestales de nieve. El aspecto de su fisonomía es un compuesto armonioso de majestad viril y de pudor, y al ver la lisura y la franqueza, decorosa siempre, con que tratan á los extranjeros, se comprende que habitan una comarca fría y casta, en la cual no tienen por qué temer ni desconfiar de su propio corazón, y que las guarda su propia inocencia. Demas de esto, el traje de las suizas realza su hermosura sin peligro de la honestidad: largas y pesadas trenzas con cabos de terciopelo negro penden á su espalda y llegan hasta la orilla del vestido; sombrerillo de paja ó fieltro cubre su cabeza; el corpiño es ajustado, de lana oscura; camisa de menudas tablas, limpia como la nieve, les vela el seno dejándolo adivinar; la saya es corta, y apenas llega con sus pliegues al tobillo. Ya cuiden del ganado en el establo, ya extiendan con largos rastrillos la hierba segada entre los abetos de la inmediata colina orillas del torrente, ya se ocupen laboriosas en los quehaceres domésticos, siempre parecen alegres, contentas y felices, y el eco de sus canciones va repitiéndose como amorosa respuesta, de colina en colina, por sobre los arro-

yos y manantiales, á las coplas de los jóvenes campesinos. La melodía de estos aires nacionales hace pensar en la superabundancia de júbilo y de vida, y sus postreras vibraciones se prolongan hasta lo infinito, siendo tanta su originalidad, que los músicos las notan sin poder imitarlas: que como brotan de las ondas de los lagos ó de las flores de los prados, y no es lícito al arte falsificar la naturaleza, para cantar al modo de los suizos es necesario haber oído en la infancia el choque del agua en la proa de las barquillas, el rumor de las fuentes y cascadas, los melancólicos gemidos del viento al romperse y pulverizarse por entre las hojas dentelladas del abeto, el mugir de las becerrillas llamando á sus madres mientras pastorean en las cumbres, las esquilas sonoras ó agudas que penden al cuello de las vacas y suenan entre la hierba, los gritos de alegría de los niños que juegan en las pilas del heno mientras sus madres los contemplan embebecidas, el susurro de los enamorados que pasean platicando de la felicidad por venir delante de los viejos, la despedida del soldado que abandona sus montañas acaso para no volver nunca, dejando en ellas recuerdos y esperanzas, y el suspiro de felicidad del que vuelve de servir en los ejércitos extranjeros de remotas tierras al divisar el campanario de su aldea. Llamen los hijos del país *Ranz* á estas canturias, y al oirlas ausentes de la patria lloran pensando en ella, pues una sola de sus notas les evoca las dulces memorias de lo pasado; que así es el corazón humano: una voz le despierta recuerdos, un instante le refleja venturas ó dolores que fueron, y entónces desborda su melancolia con las lágrimas que se agolpan á sus ojos; y como cuanto es más sencillo el hombre con más facilidad cede á



estas reacciones, puédesse decir muy bien que así es su corazón cual los edificios, que tanta más resonancia y ecos tienen cuanto más vacíos están.

## IV.

El carácter nacional del suizo no se ha modificado con el trascurso del tiempo, pues hoy día, como antes, sigue siendo piadoso, trabajador, ingenuo, patriota, soldado, pastor, artesano, amigo de la libertad y dispuesto siempre á sacrificar la vida por ella. La exigüidad de la patria le hace amar el cantón cual si fuera su propia familia. No ambiciona conquistas, pero si teme ser conquistado y absorbido; y es tan grande siempre por esta causa su recelo de quedar sujeto, que no le consiente sino alianzas imperfectas con los demás miembros de la confederación, de donde resulta que sea ésta incompleta por faltarle la unidad y con ella la fuerza: que si los reyes se le antojan tiranos, las repúblicas también, siendo unitarias, le serían insoportables, no habiendo más que una forma de gobierno compatible con ellos: la municipal. Y como el suizo quiere regirse por costumbres y no por leyes, aquellas constituyen casi su legislación, viniendo á ser su gobierno de parroquias, y aún pudiera decirse de familias, y su republicanismo, individual, no nacional: de aquí su libertad, mas también su impotencia. Tanto es así, que si no tuviese por aliados para defender su independencia la naturaleza y la esterilidad de su patria, largo tiempo hace que no existiría. Plegue al cielo que subsista muchos siglos como recuerdo viviente de los pueblos primitivos en el seno de las antiguas civilizaciones de la Europa,

como raza neutral entre las razas que combaten al pie de los Alpes, y asilo abierto sucesivamente á los proscritos de todas las revoluciones y contrarrevoluciones de los pueblos occidentales.

Sólo adolecen sus virtudes de un vicio natural y propio de los pueblos pobres: la codicia; y lo domina de tal suerte, que avasalla y subyuga su corazón hasta el punto de hacer mercancía de su sangre, vendiendo sus propios hijos por vil salario á las naciones ó á los príncipes que han menester de su bizarría y lealtad, importándole poco la causa que hayan de servir á costa de la vida, y siendo por tanto mercenarios de todas: como que para el suizo es oficio la guerra, y mata ó muere en ella por la soldada, no por abnegación, y que, gozando en su patria de libertad, se alista bajo las banderas de los tiranos para esclavizar á los pueblos. Y cuando espira el contrato en cuya virtud sirve, pasa el suizo al servicio de otro amo con la tranquilidad de aquellos elefantes amaestrados para la guerra, y que así marchaban á ella y con igual bizarría por los persas contra los romanos, como por los romanos contra los persas.

## V.

Los valles de los Alpes, con sus torrentes, lagos y pantanos, y sus bosques sombríos, poblados de fieras, fueron las últimas conquistas realizadas por el hombre occidental en el desierto y en la esterilidad. Pues cuando tuvo lugar la grande emigración de los hombres del Norte, que salieron como enjambres de las llanuras de Tartaria para inundar la Europa, expulsando de las comarcas que ocupaban á las



gentes ya establecidas en ellas, colonias fugitivas de cimbros, y principalmente de suecos, raza endurecida y acostumbrada de todo tiempo á los hielos del polo, hicieron alto y se fijaron en los montes alpestres, atraídos de la semejanza que hallaban entre las regiones de donde procedían y aquellas, y sus bosques de abetos, sus lagos, torrentes y ventisqueros con los de su patria. La estatura elevada, los rubios cabellos, los ojos azules, la blancura de la tez y la gravedad de los suizos de los pequeños cantones, y la semejanza de nombres patronímicos y locales dan testimonio de su remoto parentesco y afinidad con los inmigrantes suecos. Llevaron consigo estos bárbaros sus idolatrías boreales; luego acudió á iniciarlos en la doctrina del cristianismo gran número de misioneros de Italia y de las Galias; y como eran sencillos y cándidos y accesibles, merced á la imaginación, á dejarse influir del prestigio de los milagros; y su sobriedad, pureza de costumbres, instintos religiosos y el género de vida que hacían, luchando siempre con los elementos, los predispusieran igualmente á las virtudes de la nueva doctrina, prontamente conquistó el Evangelio su fe y sus corazones, poblándose las verdes tebaidas de los Alpes, cual las tebaidas del Egipto, de capillas, ermitas y monasterios, objetos de su veneración, y comenzando con esto á regirse ántes de sus creencias religiosas que de leyes. No tardaron mucho francos y germanos, cuya filiación con los suizos se advierte al punto, en desbordar de las Galias y Alemania en los valles alpestres, construyendo en ellos sus jefes enriscados castillos y fortalezas, sometiendo á vasallaje los pobladores de la comarca, y fundando pequeños Estados, independientes unos de otros y á las veces en guerra; ducados, conda-

dos, baronías y feudos que tenían por lindes ventisqueros, lagos, precipicios ó montañas; manera de régimen señorial, semejante al patriarcal de que procedían y por el cual se gobernaban las tribus cuando aún vivían errantes; pues no era otra cosa entonces el señor feudal que un patriarca cuya tienda se hubiese trasformado en alcázar.

## VI.

Al extender Cárlo Magno su dominación sobre todo el Occidente, incorporó á su imperio de Alemania los señoríos y ciudades de la Helvecia, viniendo á ser por esta causa señor feudal de ella. Y al colocarse las villas bajo su protección para conjurar nuevas invasiones de bárbaros, y principalmente de húngaros que asolaban con sus depredaciones cuanto veían, levantaron muros y fortalezas, obligaron á sus moradores á ser guerreros al propio tiempo que ciudadanos, y se hicieron independientes y rivales de los señores y abades, que hasta entonces habían sido árbitros y dueños de la gente campestre. A su vez, el emperador de Alemania tenía en Suiza un virey con nombre de bailío, el cual demás de administrar justicia, tiranizaba en su nombre indistintamente á ciudades, conventos y castillos.

## VII.

Disputábanse la dominación de aquellos grupos de montañas, de aquellos lagos y valles los condes de Hapsbourgo, linaje poderoso del canton de Ar-



govia; los de Rapperschwyl, señores del lago de Zurich; los de Toggenbourg, rivales de ambas casas, inexpugnables en su castillo de Fischingen, y otras muchas familias poderosas. Su vasallaje nominal á Cárlo Magno en nada coartaba el ejercicio de su tiranía, y ántes que condes y barones podían llamarse los treinta tiranos de Aténas, hereditarios y esparcidos en otras tantas fortalezas á la embocadura de los valles. Sus costumbres eran agrestes y bravías como los lugares que habitaban, y sus tradiciones aparecen manchadas de sangre, dando testimonio las de los condes de Toggenbourg de la feroz arbitrariedad de su justicia. Construido su castillo en lo más enriscado de un cerro que se levanta á orillas de un lago, era inaccesible á las asechanzas del enemigo por sus condiciones naturales y adquiridas. Uno de los señores de Toggenbourg, que allí moraban, se había casado con una dama llamada Ida, cuya prodigiosa hermosura era encanto de la Suiza; y estando el conde celoso y enamorado por extremo de tan peregrina belleza, una casualidad dió apariencias de cuerpo á las sombras que velaban á veces su dicha y bienestar. Es el caso que un dia que contemplaba la condesa Ida desde una ventana del castillo el lago, los montes y los valles que se extienden á la vista del cerro, dejó caer distraida en el alféizar su anillo nupcial, olvidándose luégo de recogerlo al apartarse de allí. Una corneja que volaba por las almenas vió relucir al sol la sortija, y atraída del brillo del oro, como acontece á todos los pájaros, fué á posarse á la ventana, pasó el cuello por entre los barrotes de la reja, se apoderó de la joya y la llevó á sus hijuelos; pero advirtiéndolo luégo que un pedazo de oro no valía para ellos lo que una semilla cual-

quiera ó un gusano de tierra, la echó fuera del nido, cayendo al pié del árbol. Pocos dias despues, cazando un paje del castillo por aquellos sitios, encontró la sortija, y sin saber de quién fué se la puso. Al verla en sus manos el Conde, creyó sin más tardanza que su esposa tenía pendencia de amores con el paje, y dejándose llevar de la pasión y de la ira, hizo atar á su servidor á la cola de un potro cerrero, que fué dejando en la carrera por troncos y peñas los destrozados miembros del infeliz; y cogiendo luégo en brazos á su esposa inocente, la tiró al abismo desde las almenas del castillo. Mas como quedara prendida la Condesa por las faldas de unos arbustos espinosos que crecían al borde mismo de la sima, pudo salvarse al cabo de grandes angustias y zozobras, y á favor de las sombras de la noche, pedir asilo al convento de Fischingen. Andando el tiempo, reconoció el conde Enrique de Toggenbourg la inocencia de su mujer, y sabedor del lugar donde se hallaba, partió en su busca. Ida lo perdonó; pero no quiso volver al castillo y ménos ser de nuevo su esposa, y acabó sus dias en una celda del monasterio consagrándolos á orar por el alma del paje tan cruel y brutalmente sacrificado á infundada sospecha.

## VIII.

Así eran las bárbaras costumbres de aquellos caballeros que á la sazón tiranizaban la Helvecia. Bien será decir, no obstante, que las mismas escabrosidades y asperezas del terreno habían sido eficaces á proteger la libertad entre algunas familias campesinas establecidas á orillas del lago de los Cuatro Can-



tones, en Schwytz, Underwald y Uri, y que defendidos hacía la parte Norte por las agitadas y tempestuosas hondas de los lagos, hacía el Mediodía por picos y ventisqueros inaccesibles, y hacía la parte de Alemania por precipicios y bosques, no reconocían otro protectorado sino el imperial, gobernándose en república; y como la libertad de que gozaban tenía envidiosos á los habitantes de los valles inferiores, sujetos á los tiranos de la comarca, la villa de Zurich y otras vecinas, como Lucerna, solían ligarse con ellos para mejor resistir y áun sustraerse al yugo de sus señores y aliados.

Al ser elegido emperador de Alemania el conde Rodolfo de Hapsburgo, amparó mucho á Suiza, su patria, por serlo, contra la opresion que padecía; pero, celoso su hijo Alberto de Austria de los restos de independencía que las nieves y los montes habian conservado á la alta Helvecia, se propuso sujetarla y pasar por sobre sus aldeas el yugo de la servidumbre. Con esto, y para mejor proteger y conservar sus costumbres, leyes, usos y libertades, se confederaron los pueblos de Schwytz, Uri y Underwald; y no habiendo podido por esta causa reducirlos á virtud de negociaciones ni halagos, envió para residir en sus montañas algunos lugartenientes á manera de procónsules, acompañados de tropas que hicieran sentir á los naturales del país el peso de su cólera y la vergüenza de su dominación. Llamábanse bailios del Emperador, y ejercían sobre las comarcas que ocupaban la más omnimoda tiranía, cual es la delegada y lejana, y por tal modo gemía la nacion bajo el gobierno arbitrario y sus violencias sin que pudiera el mismo Emperador, su enemigo, entender las quejas y lamentaciones de los montañeses. Pues aquellos malvados saqueaban

los bienes de todos, reducian los hombres á prision, se apoderaban de las mujeres y deshonoraban á las doncellas; como que los crímenes que dieron lugar á la expulsion de los Tarquinos de Roma, se cometían impunemente por los bailios, los cuales arrosaban sin temor las iras del pueblo en razon á que siendo por sí mismos ó por los aliados del partido de Austria dueños de los puertos, lagos, embocaduras, valles, cerros, montes y castillos, dominaban el país sin curarse de la indignacion general que iba manifestándose cada dia más pronunciada: que si los corazones se rebelaban contra ellos, la tierra y los brazos les pertenecían. Con ser mucha la dureza, rigor y maldad de los bailios, era el más insolente y perverso de todos el llamado Gessler, gran menospreciador de los hombres y tan tiránico é insoporrible que hasta el hierro se rompía en sus manos. Y como no disimulaba ni el odio ni el desprecio que sentía por el pueblo esclavo y victima de su opresion, y su presencia en los lugares que recorria era precursora de innumerables desdichas para sus moradores, y la más leve muestra de bienestar ó superioridad en las familias se le antojaba desafuero insolente de la libertad, los ecos de las montañas repetían el catálogo de sus crímenes contra el honor de las mujeres y la vida de los hombres, y era su nombre terror, escándalo y afrenta de los suizos.

## IX.

Cierta en ocasion que recorria la comarca de Schwytz seguido de numeroso acompañamiento de hombres de armas, pajes y cortesanos, como viera que un campesino llamado Werner Stauffacher te-



nía en construcción una casa rústica, pero de lujo relativo y grandes proporciones:

—«Atrevimiento es—dijo á su séquito—que miserables siervos labren viviendas de tanta magnitud, cuando debieran contentarse con habitar chozas.

—Dejadla concluir,—le contestó su escudero,—y cuando lo esté, haremos poner sobre la puerta el escudo de S. M., y veremos entónces si Werner Stauffacher se atreve á decir que la casa es suya.

—Tienes razon,—repuso Gessler.»

Y prosiguieron todos su camino, riéndose de la ocurrencia.

Pero la esposa de Stauffacher, que habia oido la conversacion, temerosa de aumentar el enojo del tirano si continuaba la obra, despidió los trabajadores sin esperar la vuelta de su marido.

## X.

Al regresar el ausente por la tarde, preguntó á su mujer por qué no trabajaban los operarios.

—«Porque al siervo le basta una choza para guarecerse,—le contestó ella, pensando en las palabras de Gessler.»

Stauffacher bajó la cabeza sin replicar, y se puso á la mesa. Su mujer, entónces, le trajo un jarro con agua y un pan. Y como él pidiera la carne ó el pescado de costumbre:

—«Para un esclavo,—le dijo su mujer,—basta con eso.»

Comió el suizo triste y silenciosamente, comprendiendo la verdad de aquella parábola. Mas cuando llegó la hora de recogerse á la cama, ella rehusó compartirla con su esposo.

—«¿Por qué te apartas—exclamó Stauffacher—de quien Dios te dió por marido?

—«Porque siervos miserables cual nosotros no deben dar la vida á otros seres para que sean más desdichados todavía.»

Y á seguida refirió á su marido las palabras que oyó á Gessler y á los suyos por la mañana.

Indignado Stauffacher se levantó, y tomando su espada sin proferir palabra, descendió la colina en direccion del lago de los Cuatro Cantones, entró en la barea de un pescador, y llegó ántes del alba á la aldea de Altinghausen, casa de su suegro, llamado Walter Furst.

El cual, ántes de preguntar á su yerno cuyo era el objeto de aquella intempestiva visita, le hizo traer, segun la costumbre patriarcal de aquellos tiempos, carne y vino, cosas que siempre se ofrecian al huésped. Pero Stauffacher las rehusó con el ademan, y dijo á Furst:

—«He jurado no beber vino ni comer carne mientras seamos esclavos.»

Suegro y yerno tomaron asiento y conversaron en voz baja de los ultrajes de sus tiranos y de la indignacion que sentian por ellos; y buscando en la memoria cuáles fueran aquellos de sus conciudadanos que hubiesen sufrido mayores vejaciones por parte de Gessler, y en quienes el deseo de venganza hiciese más amable la libertad, recordaron á un jóven campesino llamado Melchthal. Pues como cierto dia hubiera esté labriego uncido un par de muy hermosos baeyes, los mejores en fuerza y hermosura de su establo, y que miétras trazaban con el arado profundo surco, y él los contemplaba satisfecho y gozoso, admirando su poder, quisiera su mala ventura que acertase á pasar por allí un empleado del



bailío, que al ver los animales los señalase por suyos, diciendo que no los merecía su verdadero dueño, sacó su daga y se dispuso á cortar las cuerdas y correas que los sujetaban para llevárselos consigo. Lo cual advertido del campesino desgajó una rama de abeto para defender su ganado, y en la refriega rompió un brazo al ladron con ella. Hecho esto, no quedaba otro remedio sino es huir de la venganza del bailío, y así lo hizo Melchthal, quien andaba errante y fugitivo desde aquel dia por los bosques vecinos, alimentándose de la caridad de los pastores. Y pareciendo á Furst y á Stauffacher cómplice á propósito por estar fortalecido su ánimo con el odio y la persecucion, fueron en su busca y le comunicaron el proyecto que la desesperacion les habia sugerido. Cada cual vivia en diferente canton: éste en Uri, aquél en Schwytz, y el tercero en Unterwald; y como conocian á los más agraviados de su respectiva comarca, escogió diez cada uno de condicion brava é implacable, y los citó para el Grutli á fin de concertar la insurreccion y prestar juramento de no deponer las armas hasta ser libres ó morir.

## XL

El Grutli, pequeño promontorio avanzado de la montaña vecina, rodeado de las aguas del lago y escondido entre bosquecillos de abetos, era un lugar admirable para reunirse los conspiradores. Un centinela colocado en el istmo que une al continente la diminuta península, podia evitar las sorpresas advirtiéndolo á sus amigos la llegada de los espías ó es-

birros de Gessler, y si á pesar desto la sorpresa tenia lugar, sus barcas ocultas entre matorrales de la orilla, podian en pocas remadas librarlos de sus perseguidores.

## XII.

Llegada la noche del 17 de Noviembre de 1307, los treinta conjurados fueron acudiendo uno á uno, bajando de los montes, ó cruzando el lago en las barcas pescadoras, y se reunieron conforme á lo convenido en el promontorio del Grutli para tratar de los males de la patria y del modo de remediarlos, sin más testigos que las estrellas, la tierra, el cielo y las aguas, pudiendo decirse por esta causa que si nunca hubo conspiracion más legitima y santa, no la hubo tampoco mejor atestiguada de las obras maestras de Dios; como que la naturaleza conspiró delante de la naturaleza, y que, revelándose el corazon humano en sus instintos más inalienables, dijo por boca de algunos hombres sencillos:

«Tambien soy obra de Dios, y al reivindicar mi libertad reivindico y defiendo en su más sublime atributo el don de la libertad usurpada por los tiranos á su criatura.»

No pronunciaron arengas inútiles aquellos rústicos, pues hablaba la naturaleza en ellos y por ellos el mismo lenguaje, y les bastó para concertarse pocas palabras dichas en voz baja y algunos apretones de manos: que habian acudido para prestarse recíprocamente juramento de ser fieles á la libertad y de combatir y morir por ella si fuese necesario, no á entusiasmarse con discursos. Ni qué hubieran podido decir tampoco más expresivo que la reunion



premeditada de tantos oprimidos, vejados en su libertad, su dignidad y hasta en su amor; ni qué más solemne y grandioso que aquella noche suprema en la cual tuvo lugar la gestación de la libertad de un pueblo; ni más sublime que aquellas montañas, riscos, ondas y astros cuya elocuencia superaba con mucho á la de Catiina, Demóstenes, Ciceron y Mirabeau? Y como cuando los afectos que nos impulsan son innatos, profundos y arraigados la palabra carece de virtud para fortalecerlos, siendo por esta causa el silencio la mejor arenga de las conjuras, no políticas ni criminales, sino de la naturaleza, los congregados en Grutli hablaron poco.

«Juramos delante de Dios, á cuyos ojos son iguales reyes y pueblos,—dijeron extendiendo las manos Walter Furst, Stauffacher, Melethal y Werner,—vivir y morir por nuestros hermanos; emprenderlo y ejecutarlo todo en comun; no sufrir ni cometer tampoco injusticia ninguna; respetar los derechos y propiedades del conde de Hapsburgo, y no hacer mal á los bailios imperiales; pero tambien que pondremos término á su tiranía.»

Además designaron el dia de la insurreccion, que tendria lugar el próximo 4.º de Enero de 1308. Entónces, dice la tradicion que surgió repentinamente á los piés de cada uno de los tres jefes de la conjura un manantial de agua cristalina y clara, que aún existe. Mas en nuestro concepto empequeñece y merma el suceso con decir esto la conseja, pues el milagro consistió en que brotase la libertad helvética del seno de aquella conspiracion, como así fué.

## XIII.

Al dia siguiente nuevo atentado de un señor, protegido de los bailios, llenó de miedo los corazones de todos los campesinos de la comarca. Pues como el magnate se hubiera prendado de la hermosura de una mujer casada, en ausencia del marido se presentó en su casa, ya mandó preparar un baño y le hizo al propio tiempo proposiciones vergonzosas. La casta esposa huyó, corrió en busca de su marido y le refirió el suceso. El marido entónces tomó un hacha, fué á su habitacion, y hallando al corruptor en el baño, de un golpe le partió la cabeza, dejándolo muerto allí mismo, huyendo despues á los bosques con su mujer. Un grito universal de indignacion resonó desde el fondo de los valles hasta las cimas de los Alpes. Ninguno se creyó seguro de poseer el más preciado y amable de los bienes, la castidad de las esposas, y con esto la conspiracion de los treinta héroes de Grutli tuvo un cómplice obligado en cada marido y hermano. Empero no desbordaba todavia la cólera del pueblo. Y como si la tiranía de los bailios se hubiera propuesto acumular en su daño todos los resentimientos de la naturaleza, se hizo esperar poco una injuria terrible, que sublevó instantáneamente á los padres, madres é hijos, no quedando ya por tanto quien no estuviera en espíritu con los jefes de la rebelion.

En este momento histórico aparece por primera vez la figura de Guillermo Tell.



## XIV.

Léjos de suavizar la opresion del bailfo Gessler los rumores persistentes que se alzaban de los lugares y aldeas esparcidos por la montaña, la irritaron y subieron de punto. Y como se propuso refrenar por medios violentos los primeros síntomas de rebelion que ya se advertian hasta en el rostro de los campesinos, inventó delitos que le proporcionarían culpados. Fué uno de los más eficaces que se antojaron á su fantasia el de mandar poner en la plaza del pueblo de Altorf en la punta de un palo clavado en el suelo su sombrero con la corona de Austria en la copa, previniendo á todos los vecinos de la comarea que cuando pasaran por allí se descubriesen para demostrar respeto á la persona del Gobernador, bajo apercibimiento que de no hacerlo así serian tratados como rebeldes. Pero si la inmensa mayoría se prestó á tan desaforado capricho del tirano en fuerza de temerlo, uno fué osado á resistir, siendo este Guillermo Tell, hombre de humilde condicion y que así ganaba el sustento necesario á su familia cazando gamos en la montaña como pescando en el lago vecino.

Ninguno sabía más de Guillermo Tell hasta el momento que se negó á saludar al sombrero del bailfo sino que su intrepidez y pericia eran muy grandes, dirigiendo una barca en las mayores tempestades del lago, y que, arco en mano, aventajaba con exceso á los más renombrados ballesteros. En cuanto á opiniones politicas, tan extraño lo suponian todos á las corrientes que agitaban al país, que ni siquiera pensó ninguno en darle cita para el Grutli, rebe-

lándose, pues, de su propio movimiento, sin ser excitado por nadie, y cediendo sólo á los impulsos de su corazon y á la inspiracion de su conciencia, por que descubrirse y reverenciar un objeto material del propio modo que una imágen ó simbolo cristiano le pareció no sólo indigno sino pecaminoso en el verdadero cristiano. Detuviéronlo los guardias, y despues de haberlo desarmado lo ataron con fuertes cordeles al mismo palo que sostenia el sombrero; regocijándose al saberlo el bailfo, pues por tal modo se lograba su deseo de castigar á la clase de las gentes del campo en la persona de uno de sus individuos más caracterizados, y acudiendo presuroso seguido de numerosa escolta y familiares al lugar del suceso.

Mas al llegar aquí se oscurece la historia de Suiza y se confunde con tradiciones y consejas numerosas y vagas, quedando á cargo de la poesía, único genio capaz de inmortalizar las grandes y primitivas escenas del génesis de los pueblos libres, la mision de referir el suceso. Hé aquí, pues, ahora cómo relata, condensando en sus palabras los recuerdos de los Alpes, el episodio sencillo y terrible de Guillermo Tell y el tirano el gran poeta de Alemania y Suiza.

## XV.

Pasa la escena en una hermosa pradera y á la entrada del pueblo de Altorf. En medio se ve la percha coronada del sombrero de Gessler, cuyos archeros le dan guardia; el pueblo consternado forma grupos á mucha distancia, y la dilatada cadena de los Alpes del Bannberg se divisa en último término,